PEGASO

REVISTA MENSUAL

MÓNTEVIDEO — URUGUAY

DimCTORES: P.blo de Cr.cl.-Jo.é Mari* Dtlg.dc

Setiembre de 1920. NÚM. XXVII.-AÑO IV.

ANDRÉS HÉCTOR LERENA

La muerte de Andrés Héctor Lerena Acevedo ha conmovido nuestros círculos intelectuales.

Con sus veinticuatro años estremecidos de poesía, Andrés Héctor Lerena era la esperanza más seria de la novísima literatura nacional.

Su libro "Praderas Soleadas" fue recibido por la crítica como la alondra lírica de un exquisito temperamento joven.

Sencillo y delicado como una mujer, su espíritu finísimo, lleno de claridad y de harmonía, anunciaba la venida de un poeta verdadero, para quien hemos de repetir la frase de Taiae sobre Musaet.—"éste al menos no mentía".

La primavera le traicionó despiadadamente, ahora en que él confiaba tanto en ella, y se aprestaba a saludarla,—el corazón hecho un trompo de música y las manos colmadas de rosas.

PEGASO ha sentido en carne propia la desolación "de esta mañana de setiembre, azul y clara", en que el poeta se ha ido para siempre.

No es que nosotros hubiéramos con él la amistad fraterna de la poesía o de la juventud. Es que nos-

otros, simplemente, con el corazón desinteresado, liemos sufrido la opresión de su muerte, que da la sensación de una rama florida sobre la que canta un pájaM, rota de improviso por ef golpe aleve de una mano que no se ve.

De acuerdo con tales sentimientos, resolvimos oo-lo. car nuestro raimo de rosas sobre la tumba de Andrés Héctor Lérena, que tan sutilmente había conquistado nuestra simpatía,

Y no sin emoción, fuimos en busca de sus versos inéditos, a los que PEGASO dedica sus páginas de honor, contando con el voto secreto de toda la juventud uruguayá, esperanzada de su esperanza y conmovida de-su destino.

Eldoctor Andrés Lerena, padre del poeta, ha querido recibirnos en su villa del Prado,—llena aún del silencio de la muerte,—y donde le visitamos una de estas tardes, mientras el sol de última hora doraba lá punta *áe* los árboles e iban (por los caminos las.sombras fugitivas de,unos vestidos daros.

Oon .palafaras emocionadas, "en voz baja", el doctor Lerena fue diciéndonos el romance triste de su hijo poeta.

Y para que. la visita tuviera todo el **sabor** de su amargura, salimos al jardínatontecido, a **v»r'** la "torre-donde Héctor se •envolviera tentas veces de **ensueño** *j* de crepúsculo,- asomado a la ventana del poniente.

Abierta de (par en par al aire de la tarde que venía apregúntar por?él,-r-allí estaba la habitación del poeta.. Un cuartito lujoso y tibio, como convenía **a,su** espíritu, una ventana al **norte** y **otra ventana «1 este,** la piedra recubriendo los **muros** y **derramándose por las** cttrnisas como en la vieja <juinta **de Moséét^. í** allá lejos, mirando por las ventanas abiertas, **los** *otankpe* sombreadas de pinos por dótide noché **y día echara***

Andrés Héctor Lerena Acevedo

volar las gavillas doradas de sus versos, y por donde esperaba la llegada de la novia primavera,—lo mismo que en el cuento azuS,— mensajera de la ventura, del amor y de la vida...

—Mi hijo estaba profundamente enamorado,—dice el doctor Lerena, queriendo completarnos la visión del momento. Y comprendemos toda la tragedia romántica. "La niña de florida/basquina, a quien por la campiña" Darío persiguió,—fue sólo una visión esquiva y engañosa para este pobre peregrino ilusionado,— a quien el hada jCarabosse, lo mismo que a otros tantos dé su lírica pstiflpe, le hizo el hechizo desdichado de una mala salud.

"En vano busco el astro bueno de mi destino.^-Con la mirada trémula, en mi ventaba estoy,—y estoy *pálido* como la tierra del camino...—No me mires así, que nada soy..." Dicen los versos postumos de Andrés Héctor Lerena Acevedo, con un hondo estremecimiento de dolor...'

- Y salimos de allí, rozada la frente por el ala membranosa del crepúsculo y apretado el pecho por una mano invisible, ¿rayéndonos las páginas que siguen, y cuyos borradores/ escritos a lápifc y casi sin enmiendas!, la familia del poeta arranca al caneicito- de su mesa dé'noohe, para entregárnoslos, repitieWo sus tiltimas palabras:—"Mamá, cuídame bien estos papeles, cuídame bien estos papeles, que valen mucho, mucho..."

'Acaso, alguna de estas páginas, fueron escritas el mismo día que murió

De las páginas póstumas de Andrés Héctor Lerena Acevédo (1)

NO ME MIRES ASI...

No *me* mires así. Ya es mi dicha lejana.
Y, como un viejo monje, todo cansado estoy.
Y, tal en las vidrieras de mi obscura ventana,
el agua cae sobre mi vida... y nada soy,..

Yo soñaba (¡oh, los claros ensueños de mi infancia!)
que, a mi sonorp- voz, se abrirían los montes-;
que mi senda .sería toda ensueño y fragancia
y que todo era estrellas tras de los horizontes.

Y que fresco estaría siempre mi corazón
como; la clara sombra de los azules ríos;
que las horas vendrían cargadas de ilusión
como en el alba llegan los alegres navios.

En vano busco el astro bueno dé mi destino.
Con la mirada trémula, en mi ventana estoy.

(1). Instado por la solicitud de loa amigos, doy a la publiciclad algunas páginas, que mi hermano Andrés H. Lerena Acevedo dejó inéditas entre sus pápeles íntimos. Van «lias tales «orno quedaron; esto es i sin haber sido beneficiadas con aquella última labor de pulimento a la cual sometía todas las **soyas** el **autor.—4. *L. A.***

y estoy pálido como la tierra del camino...
No me mires así que nada, nada, soy...

ABRE BIEN LA VENTANA...

Afore bien la ventana, Madre: que esta mañana
hace bien a mi pecho, ávido de vivir,
y es buena para amar. Abre bien la ventana:
ella, a estas claras horas, me ¿prometió venir.

Mira bien. Quizá el tronco de algún antiguo pino
en el sendero claro te impida ver su marcha,
Ponte los viejos lentes, que es muy largo el camino.
Hoy no dirá que hay frío, ni que hay viento, ni escarcha.

Tan pronto la distingas, sabrás cuál es, pues tiene
la alegría del pájaro y el candor de la infancia;
pero ¡cómo se tarda! Díme, por Dios, "j no viene}...
Oigo unas campanadas lentas en la distancia.

Cierra bien la ventana, Madre. El aire está puro
y embriagado de dicha, parece sonreír;
y es bueno este sol, pero, deja mi cuarto obscuro.
iiPara qué he de curarme, si ella no lia de venir T

¡SEÑOR! CUIDA POR ELLA...

[SeñorI Cuida por ella, qne es dulce y transparente,
temerosa de ti, y es tan buena y tan niña
que hay más bondad en su alma, que agua clara en la [fuente
y tiene el matinal olor de la campiña.

Unge su corazón con tu místico vino:
que sea huerto cerrado, y sea lirio y paloma.

Ahora que, radiante como un alado trino,
toda la Primavera por sus labios se asoma...

Yo, aunque vivo callado,—temblando en el olvido
cómo uña triste lámpara—, sufro alegre mi pena.
Pjara mí nada pido, ni nunca te he pedido.
Pero, cuida por ella i no sabes ¿Es muy buena!

Y una infinita gracia y una eterna inocencia
pon en sus ojos, húmedos de frescura y amor.
Y pon tu luz divina sobre esa adolescencia
que abre sus blancas alas. ¡Es tan niña¡ Señor!...

SOBRE : ERNESTO HERRERA

Sacar a Ernesstó Herrera de términos contemporáneos para .clasrfi-Scarlo' en el nebuloso dominio de lo extraordinario, más parece recurso de periodista agotado, que hallQazgo de perspicacia tan activa y examen tan anoho oooomo el del ^señor Lasplaces.

Ni el aspecto, rmi la vida, ni el asma, ni la muerte de Herrera, salieron a «le lo vulgar, por más que así lo diga el señor Lasplaceias; su apariencia no alcanzaba a asustar ahicos: su vióda fue como la de cualquiera nacido sin dinero; sus aTventura.s fueron las de un gran niño fascinado por Veeme, que cierra el libro y hecha a andar hacia los i pueblos de la leyenda; su asma no reclamó páginas o de la literatura médica; sus amores fueron briosos coiVmo los de cualquiera juventud lozana; su muerte no • fue sino la desorganización inevitable, por más que s-se forjen sobre ellas historias; verlainízándola ciertas aBamistades necrólatras.

Pero el señor Lstasplaces vivió con Herrera su juventud; y esa comunlidad de amistades, tertulias y ensueños, en la cual tannfas veces habrán creído aproximarse a.clases intelectuallles cuya desordenada forma de vivir encanta, esa faseinnaodón de la bohemia, sufrida y gozada en común, reí*ap-arece en el escrifo del señor Lasplaces, hiperbolizaitn&o situaciónes corrientes, y zahumando con aromas s visionarios la juventud del mnchaoho desheredado y enfermo.

Sí: debió hacer un retomo hacia la juventud, que en tales tintas pinta su retrato el señor Lasplaces • como para adivinar una marea de saudades que lo ha inivadido, superponiendo a su vivir actual- el de aquellos tiempos.

Pues es un retrato de otra época el que en su libro nos da. Parece concluida la vida del dramaturgo con "El León Ciego" y sólo hay una leve referencia al "Pan Nuestro", pieza de la cual ni siquiera-el nombre conoce bien el señor Lasplaces, por donde se deduce que no la tuvo a mano para escribir su juicio, y que sobre ella estuvo poco informado-, habiendo perdido así buena ocasión, no sólo para sacar a luz méritos de Herrera, sino pera completar ese estudio, en que-su habilidad se ejercitó sabiamente.

En sus últimos cinco años, todos los días que pasó en Montevideo, vino Herrera a sentarse a esta misma mesa: ya para dar forma concreta a las situaciones en que agitaba mentalmente sus héroes; ya para cubrir plieguitos doblados con primor, escribiendo en nerviosa urgencia a quien endulzó los últimos y mejores días de su vida; o.para meditar, simplemente, pues Herrera solía desplomarse en esta silla, y quedar largó tiempo abstraído, aislado de la realidad circundante, insensible a la marcha de las horas, a bromas, y a ofertas dé mate amargo; quieto como un fakir, sin hacer más gestos que los necesarios para revolver pausada y continuamente su melena!

De suerte que también lo conocámos, si no bien, pues es imposible alcanzar jamás él pensamiento de los horaóres, lo bastante como para poder avalorar las opiniones del señoY Lasplaces, comparándolas con las ideas que encontramos cuando nnestros pensamientos

se mueven en el vacío que la amistad de Herrera nos dejó.

Así creemos que ese retrato contiene una deformación tan fundamental para la estética de Herrera, que bien vale la pena acercar alguna luz, a fin de que, guando se trabaje serena y sinceramente en nuestra historia literaria, se encuentren datos exactos sobre quien tan noble sitio ocupará en ella. •

Y sólo por ser una cuestión central movemos la pluma; pues siempre liemos visto difíciles los juicios con. temporáneos, a causa de inevitables adherencias de toda índole en que la intención más ecuánime puede enredarse; siempre hemos considerado necesario el correr de mucho tiempoj- para traer a justo término los entusiasmos, o las inqtrinas, o los egoísmos, que con facilidad igual suele florecer todo ello en el corazón de los hombres.

Esta deformación, como dijimos, es fundamental; por eso la corregiremos ya.

Dice el señor Lasplaces que Herrera nunca creyó en el mérito del "León Ciego". Si ello hubiera sido cierto equivaldría a un desconocimiento «insoluto del valor de su propia obra, por el cual su estética tendría horizontes exactamente_apuestos-a-los-qHe -tawf qne=~ ""remos decir, que no creyendo Herrera en el mérito de la pieza que, en verdad, consideró de lo mejor que. había hecho, nos resultaría que su inteligencia y su sentimiento, que todo, su arte, tomaba como módulo . de perfección aquellas de sus piezas de cuya flojedad él era el primero en destacar juiciosamente defectos.

Herrera consideraba "El León Ciego" como lo mejor que había hecho. Saboreaba con ahinco los méritos del *"Pan* Nuestro", esa piezafque, lo,repetimos,[1], parece no conocer sino vagamente el señor Lasplaces; muy satisfecho lo tenía por el éxito de su esfuerzo técnico

en el logro de la aspiración que lo entusiasmó al planearla ; mucio halagaba su vanidad de • artista,, pero nunca tanto como "El León Ciego", pieza de la cual trataba siempre Herrera con esa honda emoción que deben gustar los hombres, cuando sienten que eí des. tino puso una obra maestra en los puntos de su pluma.

Guardamos algunas de sus cartas, y eso nos sirve ahora para comprobar recuerdos. En el último viaje a Europa, cuando entre su vida desordenada y el rudo invierno madrileño exacerbaron sus achaques en' marzo de 1913, nos escribió una carta de la que entresacamos estas líneas que hablan bien claro:

"• Va a resultarle un tanto lúgubre está carta, pues
1 " he tenido en esta semana un vómito de sangre más
" alarmante que las insinuaciones anteriores...
—" .. .En cuanto pueda levantarme iré para Almería
"con Paco Villaespesa y allí me ocuparé todo el
•" tiempo que me sea iposible en terminar las piezas
" qué tengo bocetadas; no quisiera hacer mutis por
" \el foro sin terminar mi "Pan Nuestro" que con
" "ElLeón Ciego" bastará,para justificar mi[1] paso
" por el mundo...

Mas luego, todavía alarmado por su asma y su iii. coercible tos", ^6lviá~á escribirnos, instruyéndonos respecto a su hijo y a sus obras y por virtud que el señor Lasplaces muy) exactamente destaca, concluye con una nota chancera que permite comprobar un poco mías el error en que escribe este señor:

" ...hallará bien lo que digo si se acuerda de lo
" que Darío decía, que cuando Castelar llegara allá
•" en el cielo al palacio donde se reunen los sabioa y
" los poetas, se sentiría un gran ruido que suibiría"d«
" la tierra como un enorme rugido y entonces Platón
" preguntaría lo que era, y Castelar responderla:
" "Es mi león". Yo también, cuando llegué, este in-

" vierno, y sea interrogado por Dios o por Martín
" Fierro, sobre el ruido que vendrá desde la tierra,
" les responderé resueltamente: ""Es mi león".

Como nuestra amistad existió solamente en no muciiOiS años de su vida, por lo que hubiera escapado a nuestro conocimiento', antes de disponemos a escri-Mr, obtuvimos que examinara las cartas de Herrera una persona que desde muy lejanos tiempos mantenía con él vinculación epistolar, tan cordialraente inspirada como para conservar todas las cartas. Y bien: en esas cartas, aunque se haibla muchas veces del "León Ciego", desde su gestación a su realización escénica, y a su comparación con otras de sus piezas, jamás escribió una línea Herrera por donde viniera a expresar ni el más leve pensamiento negativo sobre el mérito del drama.

Invoco ese testimonio por consistir en una correspondencia que viene desde lejos en el tiempo, y desdó muy hondo en los sentimientos de Herrera, tanto, que sólo la muerte pudo interrumpir la evolución completa de esa al principio ingenua amistad, y sentimiento poderoso que subyuga la vida, al final.

Debemos añadir, por tratarse de un testimonio de otra naturaleza, que cuando el doctor Grompone allegaba ^documentos para un libro que prepara sobre el teatro uruguayo, haibló largamente con Herrera, no sólo con interés informativo, sino en razón del seguro sentido crítico que le reconocía. Naturalmente, no omitieron tratar del teatro de Herrera; en aquellas detenidas conversaciones en las qne Herrera tanto examinaba los juicios que emitía, el doctor Grompone recuerda que afirmó siempre su fe en el valor del "León Ciego".

•Y finalmente decimqs, de nuestra coseaha, que dicha fe se unía a un grande ¿mor por. ese drama; tal amor,

que en charlas mantenidas hasta en el mismo hospital donde murió, sin que él presintiera coáino sus palabras tenían virtud de testamento, nos irxidi<caba su voluntad de que "El León Ciego" no lo de.sjáramos hacer sino por Pablo Pcdestá, en cuyo arte T-únicamente se fiaba para que su héroe tuviera la interppretación aspirada, pues él no se perdonaría jamás qjpe ese de sus héroes tuviera mala realización, cosa q^ue, aún hasta para los dël "Pan Nuestro", ni poco niii mucho lo inquietaba.

***

Afirma otras cosas, además, el señor ÜLasplaces, con manera apotegmática; pero no hemos óde entretenernos sobre todas ellas, para no ensanchsar desmedidamente la órbita de esta aclaración; a]gu*na.s hemos de rozar, sin embargo, para aproximar otttro poco a la verdad el escrito que venimos- comentármelo.

En él se dice: "Herrera opera con la : realidad, pero la retuerce, la amolda a su pensamientoo"- i El señor Lasplaces escribió delante de un espejo y nos cuenta lo que allí veía hacer? Tal (parece, puess el marcó Su hito—debía celebrar "El León Ciego";—pero no conocía totalmente la obra de Herrera; le • faltaba lo de los últimos años; no lo frecuentaba eorm la amplitud de otras épocas, pues se veían en oportunidades muy distantes. De manera que no podía apreeciar las fases nuevas de la evolución psicológica de Hecrrera, operada no sólo cbn el cambio ^e tierras y de • hombres, sino por la prueba de su gloria de carapanarioo con los reactivos dé aquel ambiente de distintas exfcigeneias; evolución operada también, en parte muy imnpdítante, por el amor, pues quienes lo trataron asiduasmeñte en sus últimos años, ipudieroncomprobar cómo • tal sentimiento influyó en la organización de su vivir irateleotual y en el afinamiento de sus facultades sensitwvas.

El señor Lasplaces ignoraba igualmente el concepto que Herrera había madurado de su capacidad y de su' obra; pero había' fijado su hito y hacia él marchó, amoldando, eso sí, la realidad a su intento.

"No fue nunca un estudioso..." dice en cierto momento el señor Laspláees; y más lejos: "Desconoció, así como muchos escritores, el valor real de su obra..." En renglones no distantes ya ha dicho que "introduce en sus .planes lo artificioso y lo inaceptable".

En estas afirmaciones hay muy considerable volumen de materia a juzgar más adelante; por ahora, para contralorear la última, transcribiremos de una carta escrita por Herrera en mayo de 1913, desde París7 algunas líneas que muestran la honestidad de su sistema de trabajo:

" ...todo mi programa es cuidarme mucho y tra-
" bajar serenamente. Desde luego, mi gestión artísti-
" ca en España ha de ser larga". No me atrae el triun-
" fo fácil. Sé que no me sería difícil conquistar el
" público desde mi primera obra halagándolo en sus
"pasiones, y haciendo, en una palabra, lo que mucho
" hacen los dramaturgos de por acá. Pero yo. no quie.
" ro' 'eso. Prefiero que empiecen por silbarme como
" casi han hecho con... "

Para contralorear las otras afirmaciones, tomamos de una carta escrita desde Lausanne en junio de 1913, lo siguiente:

" ...además estoy empeñado en hacerme de una
" cultura que me es absolutamente necesaria para
" mis amplios proyectos del porvenir. Mi instrucción,
"• como bien se nota, ha sido lamentablemente .deaoúi-
" dada y mi obra de ello se resiente. No quiero dejar
"mi obra futura librada exclusivamente a mi.intuí-
" ción. Quiero desarrollar ampliamente por este me-

" dio todas mis facultades creadoras poniéndome en
" condiciones de realizar una obra sólida, algo menos
" deleznable que lo que he hecho hasta ahora. Mi
" "León Ciego" se salvará porque ese sí tiene vida
" propia. Pero lo demás... En "El Pan Nuestro"
" muaho confío porque en él ya puede notarse... "

Puede leerse ahí una muy clara y muy resuelta apreciación de su obra; y también una comprobación de que, si no sabía todo lo que ignoraba, ppr lo menos percibía que ignoraba mucho para la obra soñada por él.

De cuanto hizo rpor remediar su anterior abandono intelectual mucho podríamos decir; igual de variados aspectos de su modo de pensar y de sentir; pero eso será motivo de .páginas que escribiremos cuando tengamos una perspectiva mayor sobre sus recuerdos.

Por ahora basta a nuestro interés con dejar probado que "El León Ciego" era la pieza que Herrera consideraba superior entre las suyas.

GILBEBTO E. GIL.

La amistad fraternal y permanente de Gilberto R. Gil con Ernesto Herrera, presta verdadera autoridad a estas palabras, escritas a pedido de PEGASO. Gilberto H. Gil, hombre joven y coito, ha entendido en toda la vida de "Herrerita" y cuidado de todos sus afanes, con una disposición rara y noble, que le da derecho, como ningnno, a velar por las obras y la memoria del lAatogradó dramaturgo nacional.

EL GALLO

Madruga, cual la alondra de la escala...
Su cresta es una espléndida amapola...
Una panoplia es su dorada cola
donde la pluma a un yatagán se iguala.

Como el "chulo" a los pies de una manóla
tiende su capa en donairosa, gala,
ante sus hembras él arrastra el ala
y en un cloqueo él hace hervir su gola.

Porta espuela, tal como un caíballero...
Si con sus patas los canteros sella,
sobre la blanda tierra del cantero

impresa deja, cual celeste huella,
o tal como un dibujo jardinero,
la dentada figura de una estrella.

YO

El gorro frigio es mi crestón flameanite;
y mi capa es el ala arrastradora...
Cuando un Ensueño, como un sol levante»
amanece ante mí, canto a la aurora.

De luz me inviste el sol: mi «laje dora'...
Uso espuela que hiere al Bocinante

o al Pegaso de carne voladora,
pues soy Poeta o Caballero Andante.

En el corral del egoísmo humano
vivo rimando mis gloriosos credos,
mientras la chusma se disputa el grano;

y en pleno orgullo,, vencedor de miedos,
en donde pone un bofetón mi mano
graba la estrella de sus cinco dedos.

GUZMÁN PAPINI.

NOTAS

MONTEVIDEO AND PEGASO

No liemos de postergar más tiempo el cumplimiento de un deber de cortesía que aplazamos por tres núme. ros. La Asociación Americana de Maestros de Español, en su órgano, la importante revista "Hispania", nos dedica varias páginas en las que nuestra vanidad resulta halagada; la afluencia de material nos impidió expresar nuestra gratitud; venimos, pues, a. cumplir eate deber ya impostergable.

P«ro no agradeceremos secamente: contaremos que el articulista de la mencionada revista ha visitado Montevideo ¡,. y ha platicado con nuestro colaborador, el doctor Zorrilla de San Martín; y coh el reputado profesor y crítico Lauxar; luego trabó relaciones con nuestra producción intelectual, de la cual cita justamente las obras y autõFes descollantes, con reíereneias explicativas; después entra a hablar de nuestra revista' bajo el epígrafe que nosotros mismos utilizamos ahora.

Se ve que nos ha leído bien y que nos- ha comprendido; detalla la índole de nuestra revista, la condición de sus artículos, la calidad de su texto; y .para muestra de la excelencia de éste, transcribe páginas de prosa y un soneto.

Se comprenderá nuestra satisfacción; y cómo reavi-

va el entusiasmo por nuestra obra oir las elogiosas palabras que se nos dedican desde el noble instituto norteamericano destinado a extender nuestra lengua en aquella tierra sorprendente.

La gratitud de PEGASO es tan grande como la gentileza que se le ha hecho. -

ACTO DE FE

Es tanto el bien que espero
sobre todas las cosas;
tan profunda la fe que me domina
si las tribulaciones me acongojan,
que apenas <si sonrío
^cuando turban mis lioras,
esas voces que al margen de mi vida
mis tristezas con júbilo pregonan.

¡Y es tanto el bien que espero ..
deápués de la derrota!
Tan bellas, la esperanza convo.cada
y la calma interior que me confortan,
que presiento su gracia
humilde, tentadora,
mientras oigo que al margen de mi vida
mis tristezas con júbilo pregonan 1

ANTONIA ARTUCCÍO FEBBÉIRA.

Florida.

Del interior de la República nos llega esta voz femenina, que canta con dulces modulaciones románticas. Antonia Artuccio Ferreira tiene en sü haber una numerosa cosecha.lírica, que la señala eficientemente a la consideración de las letras uruguaj'as. El tiempo le dará firmeza y pulimentó que compense la ingenuidad y el ardor de ahora.

EL HORNO DE LADRILLOS

CUENTO

I

La primavera' huraña puso al fin, junto a las márgenes de los caminos,/la ancha planta decorativa de los cardos. Era aquel un lugar casi desolado, donde pacían, ariscas, varios cientos de vacas y las ovejas ramoneaban, sin otra vegetación alta que los chircales. La cuadrilla arribó a la estancia del "Árbol solo" mediando el mes de octubre. El tiempo iba seco y en los establecimientos donde la mestización progresara, la fiebre aftosa hacía incontables daños.

Los ladrilleros acamparon junto a las márgenes del arroyito. El sauce que dio nombre al paraje, viejo, decrépito, languidecía y ninguna mano previsora tuvo a bden clavar en la tierra húmeda algún tierno retoño. Pon Jacinto Malabia, cuyo nombre evocaba recuerdos sanguinarios (verdaderos crímenes alevosos, fechos con el pretexto de la revolución), ahora vivía bien avenido con su estirpe de gauqho indócil, rehació a todo lo que fuera progreso ' • ' ' " ' • ['

—¡ Qué me van a decir] a mí, pues amigo T Estos' gringos son los qu' han íráido las pestes al páis. [Qué se' guarden sus toritos pampas) ¡Lo mío es criollo erécho, ohieaelo"y' de'pelo «ntréverao, pero lo mismo s e ha'evender. ' ' ' ' • ' ' ^ . ' • . . • ..

• Y tuivo la suerte de que esa primavera sólo alguno que otrro animal se le enfermara de aftosa. Don Jaeinto Mals.abia recibió^JosJadrilLeios_con_aqHeLsu liabitual y T^dTsdiñósó mohín. Mirábalos con una compasión en la qjjue entraba en considerable dpsis el desprecio. Primer ro áaludó al viejo italiano, capataz de la cuadrilla; luesgo a un hijo de éste, con mirada torva, alto, recio, flTlaco y desgarbadote; por fin a los peones indígenas: mi mulato parsimonioso y un presumido indiecito, a oquien ¡Jamaban el "Tero". De pronto, don Jacinto. 3í*ialat>ia torció el ceño, pues detrás de unos mazos o-de paja, parados como haces de trigo, había visto, esambiájidose de ropa, a una mujer. Las yeguas viejas resarcíanse, con la abundante pastura, de quién sabe qué escaseces, y unas gallinitas negras e'searbáron con . avidez las bostas humeantes:

—¡Ohne, viejo picaro!: ¿también andas vos con polleras?

El ladflriliero sénrió servil, dilatando una boca enorme y' des>sdentad&: • .

—Patirón: es mi Mea ¿sabe? A cortar ladrillo no le tiene miiedo a nincún hombro.

La muuohaftha so ha'bía incorporado y adelantóse' a saludar: :

—¿Vos-s sos criolla o gringa como tu .padre?—le preguntó el estanciero..

—¡ Crit-olla como mama!

Y estoo diciendo, tras de poner su mano pequeña y ásipera esntre los toscos dedazos de don Jacinto, fue 'hasta el carro, para sacar la olla con que cocinaría.

II

La priimera semana se la pasaron preparando tierra. Hubo o que traer de otra estancia palos de mimbre con qué salambrar el picadero. Arrojaron' tierra, mez-

dándole todo el estiércol de caballo que fue pasible conseguir. Se formó barro y las flacas yeguas dieron vueltas estúpidas como en las norias. Malvina, amazona en una petiza gateada, animó a las bestias con su voz estridente y un arreador de trenza:

—¡ Vamo, yegua tuerta!...' ¡ Rabicana!... ¡ Camine, tordilla maula!...

Oon sus diecinueve años sensuales, el "Tero", que se conchavó pocos días antes, gustaba de sorprender intimidades de Malvina. Le atraían, sobre todo, sus fuertes piernas, más blancas de lo qne dejaban adivinar los brazos, convertidos en bronce por el sol. Viéndola a diario, al muchacho le temblaron, un poco crispadas, }as manos. Una tarde, Malvina cayó de la petiza, quedando medio ipresa entre el barro, hasTa que" el padre la pudo sacar, tirándole del pelo. Tuvo que bañarse, ya próximo el oscurecer. El "Tero", sin que lo advirtieran los otros, arrastrándose por el pasto como una víbora, fue hasta donde estaba el sauce, y se ocultó detrás del viejo, tronco. Escalofríos de muerte re. corrieron su médula. Porque, besado por el sol'que naufragaba ya, aquel leve cuerpo femenino era un pro .sangriento. El "Tero" pensó que nunca le fuera dado mirar prodigio semejante.

A partir de aquí, trabajó con un ardor desconocido. Antes del amanecer estaba ya volcando sobre el pisadero la negra tierra de la carretilla. Sus siestas fueron • breves, y hasta que entraba la noche no suspendía el quehacer.

—¡Es guapo ese indiecito!—decíale don Jacinto al gringo viejo.

—i Y qué quierre, patrón! Conmico^el que má y el que. meno, trabaca a custo—afirmaba entonces el la= drillero.

Pero el enamorado enflaquecía, con un deseó in-

satisfecho, un trabajo excesivo y las comidas deficiesntes. La carne pocas veces iba a la olla, reemplázaos ppr guisos de porotos a diario. Vacunando contra el carbunclo, en un establecimiento lindero se murió un na vaca con preñez avanzadísima. Él italiano pidió la carne e hizo charque. PeVo con el calor.se paso putrefacto y no lo comieron ni los perros.

—¿Por qué no compra por kilo en el boliche?

—Ma... ¿a trece vintene la oveca?... ¡E prop:oio un-robo, Cristo!

•Sólo el "Tero" (parecía no poner atención en lo os comistrajos, afanoso y ensimismado. Trabajaba cocra ardimiento; de sol a sol. Nunca cortó ladrillo, penro ahora desempeñábase como si tuviera la habilidad óHe un veterano. "Encorvado, con la frente sudorosa a unn palmo'del suelo, movía incansable la hoja de su puñaal. En ocasiones le enervaba una visión muy dulce. Maltlvina, a pocos pasos de él, engolfada en el trabajoo, hacía una curva más viva de su cuerpo agilísimo; Y eel vesridillo ascendía y el "Tero" clavaba miradas' arcrdientes en los firmes muslos de la moza. Por las nonches, mientras el viejo y sus dos hijos dormían en proromiscuidad, dentro del pequeño rancho que al llegaur habían hecho (tan reducido que era necesarió"meters«»e doblados), el "Tero" salía de abajo del carro, dond»le se tendiera, y escuchaba tras la pared de paja, parsa percibir el ritmo de aquella respiración que sin dudsa' estremecía el encanto de dujas y ya muy turgentes s" prominencias.

m

Flaco y pálido, el "TeroV piensa qne Malvina merece sus afanes bien. Ni es linda, ni tiene la oodiciablese carnosidad que tanto subyuga al hombre de campo-'. Pero eri aquel prístino contorno, donde ni siquiera hayv

viejas, la hija del ladrillero lo es para él todo. ¡La mujer! Y algo de esto debe sucederle a los restantes, hombres, porque el peoncito ha visto a su otro compañero, el nlúlato, que a veces la contenipla oon pasión, y a don Jacinto, que llega al horno de tarde y que, sin duda, la'codicia.

El trabajo adelanta. Los adobes, desipués de tendidos al sol, fueron puestos en ringleras y ahora, con innegable maestrea, se está cargando el horno. Es vn tronco de pirámide, ancho y negro como el pecado. Cuando lo recubrieron de barro, para hacer la cocción, el "Tero" sintió una angustia muy viva. Hasta entonces, trabajara con impaciencia, sin un desmayo, sin postraciones. Y ahora languidece, comprendiendo que hizo mal en apresurar la tarea, pues cuando el ladrillo quede listo va a perder el conchavo.

Tendrá que partir rumbo a otras zonas, en duro peregrinaje buscando patrón. Su esperanza aquí, fue que el viejo; viéndole infatigable, lo admitiera pn la familia. Pero no: Minotto, el-hermano.de Malvina, lomira con recelo. Debe ¡haberle desacreditado — ¡oontando quién sabe qué miserias! — ante el genitor. Cuanto más trabaja, mayores desconfianzas palpa. Sin embargo, Malvina, en ocasiones, descubre sus fatigas de li'omibre enamorado y paga sus solicitudes con una mirada intensa.

¡AÍL, SUS ojos! ¿Por qué hasta entonces pareciéronle todos los ojos verdes, pupilas de coruja?. -.-. Creyó que nunca" resultaríale incitación un cuerpo descarnado. Sus sentidos se trastornaban pensando ei^ mujeres imprecisables; pero eran mujeres de otro tipo: rollizas, abundantes. ¿Cómo entonces tiembla y se retuerce de noche, atora (mientras mugen enardecidos IQS toros) ante, la evocación de, aquel cuerpo de viborezno, casi magcplino, sin otra curva.pronunciada que la del peoho virginal *1.*..

La mañana en que se carga de leña el horno, es clara y es tibia. Trasciende a (primavera. Mas a medio, día, cuando los troncos y el ramaje seco crepitan alegremente ya, ciega un sol .picante.

—¡Se va a descomponer el tiempo!—rezonga el pa. trón, un poco intranquilo porque el ladrillo puede salirle blanco.

—¡ Era lo que se prechisaba, madonna!

Horas más tarde llueve copiosamente.

—¡Cristo!' ¡A veré unas bolsas viecas! ¡M'hijo, pídale osté al patrón unos cuerros de vaca pa.tapar!

Malvina y el "Tero" recubren el tronco de pirámide afanosamente. Pero el agua llega hasta leños encendidos que convierte en tizones. Algo hay, sin embargo, que no amengua. ¡Es el fuego juvenil, mes intenso,con la primavera!

IY

Minotto adivinó los deseos del "Tero" e impuso de ellos al"viejo:

—| Por eso es que se mata! ¡ Trabaja callao la boca porqué la quiere conseguir!

—i Pa[1] casarse f

—¡O pa dirse con ella!

¡ Cristo! ¡ Con la falta que le hacía la muoha.oha! Cocinaba y en la tarea suplía. siempre con ventaja a un peón. Vigilaron ambos. El viejo no presintió ígnea codicia varonil en su hijo. No acertó a ver aquellos celos que ponían al primogénito convulso en cuanto don Jacinto requebraba a su hermana o la devoraba con ojos chispeantes el "Tero". Sobre todo, éste parecía extralimitarse en los tíltunos días, cual si anhelar» aprovechar el poco tiempo que quedábales de vivir en común. Minotto sé ipropuaö expiarlo continuamente. Cierta noche, oyendo fuera un crugido siniestro, Be

incorporó sobresaltado. Tendió una mano en la oscuridad, palpando la cabeza, semicalva, del viejo. Tactea nuevamente y se percata de que Malvina no está allí. Entonces saltó fuera, con la avidez de un cazador, *o* aún mejor, con la acometividad de un perro de presa.

—¡Aquí!—dijo la muohacha adivinando.

Las sombras eran densas y tuyo que guiarse por la voz.

—¿No me ves? ¡Aquí! Sigu'ereclio.

Tardaba en orientarse, más atento que en descubrir el paradero de la hermana, en saber si el peón dormía aún debajo del carro. Salió la luna y pudo divisar la yegua del "Tero" que estaba ya'ensillada:

—¡P'ande vas?—inquiere Minotto de mal"talante.

—¡Voy pal pueblo!

—¿Sin que te paguen?

—Pa cobrar siempre hay tiempo. ¡He de golver un día!

—¿Y d'ahí? Espérate. Le planto el recao a mi tubiaño ahurita y" arréglame en'el boliche.

Amanecía. Los dos hombres montaron a caballo, saliendo rumbo a los Corrales al tranquito. Entre los pastos húmedos, salta/ban, aún soñolientas, las cachilas. Al pasar la portera del campo, el "Tero" se bajó para abrir. Ágil como un cachorro de puma, Minotto descabalgó también, ^partiéndole la espalda de un zarpazo:

—¡A trai!... [a trai!...

Desgarrado un pulmón por el fiero cuchillo, el mozo se desangraba y nada más pudo decir...

—

En la comisaría, un poco más tardé, Minotto confesó el delito.

—¡STiabía'aproveehao e la mujer! ¡Lo madrugué como pude!

No dijo que aquella mujer era su hermana porque, en los ojos, de mirar torvo y un poco abotagados, debía estar fulgiendo el bárbaro, el inconfundible ardor ancestral de todas las bestias en celo...

VICEHIE A, SAIJLVEBBI.

LA TIENDA DE LOS NEGROS

Yó conozco una tienda
nueva y alegre,
donde cincuenta negros bailan desnudos.

Hay en ella palmeras
y ^papagayos
taparrabos y plumas..., liaonas y escudos...

El mar está muy cerca
de aquella tienda,
pero su voz' se pierde entre tanto ruido,

pues allí todo es libre
como en el aire;
Solamente el silencio, que está prohibido.

Sin embargo, una noche
clara y serena,
se durmieron los negros sobre la arena
y llegó hasta la tienda la voz del mar...

Pero, en, seguida un loro
votó chillando,

un látigo de cuerda pasó silbando
y la negrada entera... volvió a bailar!

Mi vida.., es esa tienda cerca del mar,..

CARLOS EODBÍGTTEZ PINTOS.

Potitos.

El nombre dé Cario» Rodríguez Pintos e* novísimo «n la poesía uruguaya. Surgió hace tres o euatro meses en Jai hoja* dianaB de la prensa, firmando composiciones de extraño mérito. Bodríguez Huios, estudiante de Derecho, pertenece » la falange de los nweeentistá* nacionales, y promete h [illegible] un» buena; cosecha de naxdog y estrellas en bt Hterátura [illegible] la patrfa.

PLENITUD

Como cielo estrellado; como árbol florido; como mañana fresca y luminosa, está mi corazón.

Gratitud a ti, amada, que acogiste mi ruego, que escuchaste mi voz, que orientaste mi deseó y diste fin a mis ansias sin concretar. .

Antes me pertenecías, pero siendo ajena a mí. Ahora no soy mío, mas estás toda entera-en raí. Soy, a un tiempo, yo y tú misma.

Mi pensamiento estéril era un sendero vago' que me obligaba a errar al acaso en la conciencia de mi desventura. Desde que tú eres en él, está vigoroso, fecundo, sano y con dirección.

Confieso que no te eaperaba ya. Tantas* veces te sen. tí llegar; tantas .estuve vacilante con el corazón angustiado de felicidad, que ya desconfiaba de que vinieras a mí. Y mi siniestra resignación era como el fulgor sombrío de mi impotencia, :• !

[1] Esta jíertezá desconsoladora que me^ consumí» fui; tw! .amarga, que hizo opaca mi palabra, hiriente, mi expresión, y Vistió mi ánimo con la turbia y vidri[illegible] ansiedad del mal.

Pero llegaste a mí inopinadamente. (¡Cuánto más grata, así, la repentina aparición!). Y el acopio intacto de mi bondad se hizo virtud. Me entregué ciegamente al frenesí de esta pasión; fui ingenuo, torpe, bueno, y siempre envuelto en sencillez. Gusté tu ritmo y percibí tu encanto lleno de humilde devoción.

Eres como una rama que oye la canción del viento; que lo recoge en pliegues de ternura; que lo detiene en su carrera loca, temperando su impaciencia y ayudándole a cumplir con su misión.

Ahora conozco el valor del dolor y la dulzura de amar. Invade mi alma una disposición de amplia y fraternal humanidad.

Tu labio voluptuoso y gozador, suspira y reza. Tu carne vibrante *y* suave, sufre. Tus ^jos luminosos, prómetedores, consuelan, lloran. Tu frente tersa y amplia, es también surcada por renglones de' preocupación. Y hasta tu sexo, fuente de deleites, le martiriza.

Comprendo, comprendo, Amada, la lección...!

DANIEL SCHWBITZEB.

Antofagasta.

Daniel Sohweitzer es argentino. Tiene más de diez años* de residencia en Chile, donde ¿a estudiado y donde TÍ ve aún. Schweitzer no es un escritor profesional: no vire de su pluma ni aspira a ello. Escribe sólo cuando sus. facultades le obligan a volcar-en palabras las emociones'vividas. Por eso, sos trabajos literarios son cuantitativamente escasos, siendo tambiéD, y por la. misma virtud, todos ellos de madurad» concepoión, pulida forma y persuasiva sinceridad.

LOS HIJOS

Hasta la vera del camino
Me vino haciendo compañía.
Allí, por fin, le dije al hombre
Que su hija se le moría.

Quedó mudo, tembló, tembló
Diluyéronsele los trazos
Y como lentamente rotos
Fueron cayéndole los brazos.

¡ Su hija I... en el alba limpia, luego,
Por las quebradas y rastrojos,.
La fué siguiendo hasta más lejos
De lo que pueden ver los ojos.

Y en el punto que la extraviara
Sobré el confín del infinito,
Se le obstinaron las pupilas
Con la fijeza del granito.

Se veía que estaba helándolo
Hasta los tuétanos el frío
Be lo que debe **para** siempre
Quedarse lleno de vaeío..

¡Y ni una mueca, ni un temblor!...
Todo, en un grado tal dé calma,

Que no podría en cuerpo vivo
Permanecer más muerta un alma.

Bien comprendí que en ese instante
No había fuerza soberana,
Ni palabra que consiguiera
Mover aquella piedra humana.

Y no ocurrióseme otra cosa
Más que palmearle el hombro inmóvil,
Hecho lo cual trape de un salto
Al asiento de mi automóvil.

Quebró la máquina el silencio
Y comenzó con su carrera,
Entre un escándalo de perros,
A tragarse la carretera.

Tras el cristal seguí mirándolo,
Me lo borró la lejanía
Y el pobre hombre continuaba
Petrificado todavía.

Y de tal modo en las entrañas
Me quedaron sus ojos fijos,
Que rondando he pasado el día
Alrededor de mis dos hijos.

JOSÉ MABÍA DELGADO.

GLOSAS DEL MES

La encuesta Gallinal

El doctor Alejandro Gallinal, médico y senador, ha solicitado la opinión de sus compañeros médicos sobre cuestiones más íntimamente relacionadas con la sociología que con lá medicina. Bien es cierto que el médico digno dental nombre debe estar doblado de un hombre de corazón y que—en este caso—el médico será un sociólogo, aunque Eo se lo proponga. Basta ver y sentir para pensar... Solamente que, en la realidad actual," los médicos suelen ser con más frecuencia comerciantes que/hombres de corazón y qué sociólogos, por lo tanto.

Se trataba de averiguar cuáles podrían ser "las medidas más eficaces para tratar de reducir uno de los males sociales de más seria gravedad en el tiempo presente, como es el aborto provocado". Lo que nos llama primero la atención, en esta encuesta, es que se trate de averiguar, no cueles son las causas de este mal, para tratar de combatirlo luego, conforme a una racional terapéutica científica, sino cuáles son "las medidas, que /pueden adoptarse para reducir su extensión".

Mal social, cojno el propio autor de la encuesta lo denomina, lógico es Estudiarlo en la propia matriz; so oial que ló produce, y ai la matrjz es lá enferma, tratará éste para supriMir aquél. Pero estp h demasi cf8

trabajoso o no conviene hacerlo... Hay médicQS que prolongan las enfermedades de sus cliente.- para vivir de ellas...

Como el aborto, hay muchos males sociales que san- el producto de la matriz social enferma, y con los cuales se sigue el mismo procedimiento que con aquél, esto es, permitir que se produzcan, para tratar de reducir más tarde su extensión o buscarles paliativos...

Ernesto Nelsbn nos dice algo de esto en un artículo que publica en "La Nota" del día 6 de agosto: "Nuestros incompletos conceptos de la moral y de la responsabilidad, afirma, se fundan en la creencia de que el hombre, todo hombre, tiene fuerzas para llevar, si así lo quiere, una existencia impecable, cualquiera que sea el medio de donde procede". Pero esto no es verdad y demuestra luego con cifras estadísticas que. la delincuencia es casi siempre el producto del ambiente y de la mala educación. Nada equivale en este sentido a la inhieneia dé los hogares normales, entendiendo por tal los hogares no miserables o defectuosos. Nada sustituye a esto para la formación. de hombres también normales. Pero, poned en lugar de bagares así normales, hogares miserables, en miseria física o moral y sin afectos... Los productos de ellos han de ser forzosamente malos. Estos productos darán más tarde nacimiento a otros .peores o iguales por lo menos, y así es como la humanidad va perpetuando y aumentindo x?ste lote de productos. Entretanto, ¿qué hace la sociedad para tratar de reducirlo? Crea asilos, dpndc cría *sin afectos,&* huérfanos de origen casi siempre espurio y que no es de extrañar no se regeneren ni mejoren en tales medios; crea reformatorios, donde tampoco se reforma a nadie; pues que el *afecto* también falta; crea cárceles, donde amontona vagos y delincuentes..: Y, entretanto que "trata de reducir" el

efecto.de los.males producidos, sigue permitiendo que los males se produzcan indefinidamente. La matriz enferma, la sociedad, sigue gestándolos...

'.Sé vive en nuestra sociedad á fuerza dé disimulos "y de ocultaciones. Es pecado decir la verdad. Hay que, cubrir las apariencias."Por eso, para los males sociales que tienen algo.que ver con la medicina, se ha inTentadoel "secreto profesional". Son- tantos los males "vergonzosos" que es necesario cubrir, dentro de los conceptos sociales corrientes, que si hay alguna institución lógica—en esta sociedad extraordinaria en la que estamos viviendo—es bien ciertamente la del secreto profesional. ¡No se está-preconizando, sin embargo", su abolición para los casos de aborto? Precisamente, si hay casos en que la mentira y la ocultación se justifican son éstos ipor cierto, jy no nos será más permitido, no ya la mentira, sino simplemente cubrirlos con el velo piadoso del secreto profesional f

ALBERTO BRIGNOLE.

La «ncuuta Medina Bentancour

No consentir sino los apareamientos de sangres puras es la intención que mueve al señor Medina Bentanoour en" eáta eDCuesta. Propósito loable en alto grado, pero cuya realización cae fuera de lo que és posible hacer humanamente.

Si los seres que el señor Medina quiere contener con su muralla, de, papel sellado .fueran movidos solamente por el afán de legalizar sus intenciones en el Re^stro Civil, seguros estancos de que. alcanzaría cierto éxito, Pero.conK) lo que atra.e,los sexos es^ui?» manifestación imperativa de la.energía qué gobierna el universo, ese loable intento, aun heeho ley, corre el

albur de quedar olvidado, cuando el corazón se hinche en el pecho, y cuando la saangre corra acelerando en su riego una furia ancestral, : peio humana y deliciosa.

La mecánica de la vida tttiene misteriosas leyes, a cu-«yo dominio no alcanzan lass fuerzas del hombre: luego, toda tentativa de domeñfftr esas leyes, o de aprovecharlas en beneficio de' uno mejoramiento social, será rotundamente vana.

* * *

Sabemos que en otras tie erras ya. existen disposiciones que tienden hacia el i mejoramiento del humano procreo. Pero eso no tuerce-e nuestra rectilínea afirmación de su inutilidad, i Qué efecto han tenido esas disposiciones? ¿Libraron reanímente al mundo de algún ser marcado por herencia infernal f Para los seres caídos bajo las 'limitaciones • -del legislador ¿habrá cinturón de castidad, sellado poor justicia atenta, que con-, tenga hasta la hora en que I la sangre esté depurada?

* * *

. Legislar aperando con laas misteriosas leyes de la vida. ¡Oh.vanidad! Y sin emT.bargo esa intención es pro. fundamente loable. Los hijorss del amor y los de la corrupción, los del papel sellat.do y los del impulso libre, maman y continúan ese "deesastre del hombre por el hombre" como lo llamara eo frase escueta Alejandro deTralles.

Sí, és necesario legislar parara que no se casen los sifilíticos, ni los tuberculosos;s también para qne no se casen los embusteros, ni losa asesinos, nf los maniátir eos, ni los usureros; en fin, poar» que no se casen todos aquellos qué puedan sembráxr fel dolor sobré la tierra.

Pero ^entonces, jqujén diattbtos se podrá casart

EKHIQUH SAWSL.

NOTAS -BIBLIOGRÁFICAS

Del Sentir.—Versos de Augusto Arias E.—Quito.—1920.

Este folleto de veinte páginas merece más atención que muchos libros de doscientas. Como expresión de un alma joven, que recién «bre sus alas, este folleto anuncia el porvenir de un poeta verdadero. Los veTsos tienen suavidad emotiva, dulzura rítmica, candor y ju*ventud: casi siempre son completos en la expresión y en la técnica, —a posar de eu vaguedad sentimental y, de su música monocorde. Hay sonetos que- tienen una doble reminiscencia de Juan Bamóu Giménez: por la arquitectura y por el alma. Hay, además, motivos que se repiten, composiciones, demasiado vagas...

Sin embargo,^ este nuevo poeta ecuatoriano- viene enredado de harmonías románticas, que en día no lejano le harán decir versos definitivos, suyos, originales. Los quince años de ahora—más personales y más sensitivos que loa de tíonzalo Escudero Hoscoso, —se afirmarán' muy pronto, y «omo el camino es largo,—la vida y el arte llevarán muy alto a esté' dulce poeta de la flauta de ónix. —**T. M.**

Xa Bolla, .novela de Bernardo Morales San Martín.—Sani Calleja, **editores.—Madrid,** 1920.

Sin exagerar: este relató novelesco supera en finura descriptiva y profundidad psicológica, **a la** mayor parte de **los cuadros** valencianos que **Blasco Ibáfiez** nos **ha brindado.** Como **el** autor **de "Cañas y Barro", Morales San Martin es plástico y, es luminoso. Henos vehemente, su prosa no es catarata, no es agua desbordada. Adjetiva mejor y tiene nn** concepto **claro de la medida. Ponderación, llámase esta gran cualidad artística. ."La Bulla" ea una bonita hueitána, de compleja psicología. En valenciano, "rolla" equival» a crespa o encrespad*. Sus amores desconciertan... por'lógicos. Y la** lógica **ea el gran mérito en** uta **dramática novela de Morales San Martín, repleta de observaciones sagaces, de panoramas magníficos, qne no deben ds «xtraSar en-quien ganó en Madrid nada' menos que dos disputadle!-**

mos concursos literarios, meieciendo que la Heal Academia le desig* rara su miembro correspondiente. El iprincipal encanto de "La Bulla" es la línea sinuosa—tantas veces desconcertadora—de su* argumento. Dice Valle Inclán que no hay nada menos estítico que la línea recta. Y por cierto que en la novela de Morales San Martin el' ^arabesco[1]' no es menos hábil que eu la "Sonata de Otoño*', ponemos por comparación.—V. A S,

La Selva Interior,—•Poesfüas—jDe Ghiraldo Jiménaz.—Cuba.—1920.

He aquí un libro de versos retorcidos y torturados, no a la manera barroca del novecientos, contraídos por los esfuerzos múltiples de las múltiples ansias espirituales de Herrera y Reissig o Mauricio Bacarisse, sino en la vieja formula inexpresiva y sin alma de * los que retuercen palabras y metros en el afán de conseguir uaa poesía que no existe.

• duchos defectos tieno este libro conturbado, qae en vez de expresar una selva interior poblada de haraoniosas floraciones, cornopudiera desprenderse del titulo y del prólogo, sólo nos da la sensaciín dé una floresta llena de matorrales rispidos donde no brilla iina flor ni canta un grillo...

Y.nos duele de veras tener que opinar en condiciones como ésta.—T. M.

Obras literarias de Alfonso Maseras.—Societst Catalana d'Kdicions—Barcelona.

Antes de ahora hemos hablado—no recordamos bien si en estas mismas páginas—del interesante renacimiento literario de Cataluña. Continuamente llégannos obras notables do la próspera región mediterránea. £1 catalán, que con tanto relieve destaca en el comercio y la industria, puede'afirmarse que es artistu ingénito. Hay ui dualismo sorprendente. Rahola, por ejemplo, que tanto escribió sobre economía y finanzas, hizo libros de versos de un lirismo contagioso. T el caso no es aislado. Sospechamos que Alfonso Maseras sea también do los que tienen una múltiple actividad. Mas como escritor, ea sin d&da notable. En la novela "Bdaribal" hace una reconstrucción tarragonense espléndida. Su estilo es de un Tigoj exti«ordinario, Tiene aligo do pictórico. En "Contes a l'atear" y "Coates fattóW, la imaginaciõn se nraestta infatigable. Se traslrae el tempcrameato, muy: câlido y nervioso. Mamra» es a veces místico y • reces sensual. Pero siempre, nn artista «oacienzudd. Cuno orí otros coterránea* •*• yos, percíbese en él nna gran ínnnentia de la literatura frasees». De ella tosma los catalanes no poca» «ssaa útiles. Entre otras, la d* *m*cribir con claridad y cierto laconismo elegante.—V. A. S.

••OCrislí Oel Pensamiento".—Por Blas S."Genovese. — Montevideo. ——1920.

Hís muy noble inquietud la dé esto hombre joven, cuya alma se estreiemece inusitadamente por {problemas de influencia innegable para nue:es*ro pueblo. Pero, esta declaración leal no nos inhibe para agregar nue.estro p&reiér de que el conferenciante erró en su modo- de apreciar esoCD» (problemas, localizando algunos que son universales, e inflando otaros que, relacionados como se debe con nuestra cultura, no alcanzaran el volumen en que él los examina.

Wtmos a explicarnos un poco, tomando, aunque no en su orden, las mis.snaj divisiones principales de la conferencia.

•IEE1 juego: No es viento que sople solamente en nuestra tierra y su imurpilao diabólico, extendido de lue£e por todo el universo, hace sospecoelar qu« constituya una condición de nuestra especie, con la que noses adornaron allá en los orígenes, cuando' loa mundos' echaron a rodHar. Meditándolo con criterio más amplio-y humano, que invita.' mosos aJ conferenciante use en cambio del suyo, tan restringido, y local,,!, encontrará qne el juego no es más que .un sistema del movitnieento.del dinero, que pide sitio más ancho .en la atención de los ecopagaústu.. Meditándolo: asi,, no .mirando, el caso^ particular,..este.-obn»ero> que juega su quincena, aquel empleado de Banco dilapidando los i dineros ajenos, verá el fenómeno en su faz social: entonces le rdo»S4ioendamofl que mire para cierto país de Europa, al cual bastante noses gusta imitar, pues asombra con el espectáculo de sus libertades €n costinuo crecimiento y con la intensidad de su labor inteligente, mime para, la vieja Inglaterra y verá cosa buena; tendrá la comprobacscién. de cómo hasta en el jüega nos queda alii mucho que imitar.

ULs colectividad y los intelectuales:. Otra cuestión que también creemoBU universal; sólo por examinarla con criterio aldeano teme el autor r declarar abiertamente que el pensamiento colectivo, suele tener basase* deleznables. Si en todas partes, señor Genovese,- la resultante del Q pensamiento colectivo es inferior a la suma de sus conuponentes,a, como está dicho y muy bien dicho en tanto libro que usted conoc&ce, y como también es posible observarlo, (por quí pedir a nuestra * cultura incipiente lo que, sin duda, no realizan ni las multitudes aftamad» por «1 trabajo de siglosf Si ántes y después de la abundante blbaüografia de Tarde y la nó menos importante de Saleilles, se han daeuiscado tan bien eíos casos' de "sensiblería colectiva", (por qué rep:pri»ñ«rl« a nuestro pueblo ciertos entusiasmos fáciles, cuando, .notórh-iaia.«nte, de eülos siempre ha sido *y* es,' pasible el alma humanar

XXOB oédios de ilustración: Este.título nos parece una metáfora ezcesisiva, pero los "medios" son, sin duda, de un vasto efecto pernicdOB.», Mus que tiré la primera piedra aquel que en su pasad» n* tenga «u POJUOB *in* Terrail y su Eduardo Gutierres. enidadosam&te leí-

dos; y también su Zola, saboreado a hurtadillas con fine* DO muy literarios; y Zola, cuando menos, ai ea <jue las aventuras del señor Bocaccio y alguna edición completa de "Las mil y una noches" *na* anticiparon ríos nervios en vanos'erizamientos. Pero huyamos de las caras remembranzas, y digamos en serio que desde chicos leemos poc» y malo; mas será asi por ciempre, créalo el conferenciante, mientras una cultura profunda no afine los. espíritus hasta hacerles necesaria diferente nutrición. Es de-adentro de donde ha de salir-nos la repugnancia o la indiferencia para el Nick Cárter; y «Ha jamás podrá ser inculcada, por doode, señor Genovese, habremos de esperar del tiempo lo que no es razonable pedir a los hombres. Como el biógrafo entra en este rubro y aunque la opinión del conferenciante viene apuntalada por la muy respetable del señor Mercante, nosotros creemos más dañina su influencia para el cuerpo que para el alma. ¡Cuan, to oxígeno desperdiciado, sobre todo para las clases sociales .que viven más o menos hacinadas, más o níenos reducidas a un solo día libre por semana! Malo para el cuerpo., los pulmones y los ojo» sufrirán; pero al alma, ¿qué mal quiere el señor Mercante, que hagan ^sas lecciones acerca del amorf Aun suponiendo que esas niñas recién atisben en el biógrafo las "sensaciones de placer" jpor qué, joh dioses! creer eso nocivo o estérilf Un beso, un abrazo, son manifestaciones de la energía cósmica, y corresponden necesariamente al sistema de nuestro universo. Respete, pues, el señor Mercante, y no atemorice a las niñas.

El deporte: Aquí el señor Genovese magnifica sucesos de importan* cia ocasional, como el caso Chery, o de volumen exiguo dentro de nuestros hábitos sociales, «orno la aviación y el box. En eso no lo segitiramos; pero si en el football; advertimos previamente que le tenemos antipatía,, aunque no detallaremos—(para qoéf—nuestras razones. Silo diremos que en país de tanta costa y de tas mansas agua* justo era esperar mayor dedicación al sport náutico y hasta fuera justo deses-r que hacia ahí se orientaran parte *de* los entusiasmo» y de la pecunia que en el footbajl se van. Ya dijimos que le tenemos antipatía, pero remontándonos sobre nueatah pasiones, señor G«ovese, |no le parece a usted necesario, totalmente neeetariot jQn6 otro placer útil podríamos ofrecer a la jnventudt Mientras no tengamos paseos, variadas .diversiones, «miseos atrtyeatea, biblioteca* accesibles, meretrices con sbna de Aapasia,—eres, el conferenciante—vale' más entretener la gente al aira libre con el football; siquiera una vra a la semana sn buen posado de la población goia al aire Hmpio que no tiene en av zahúrda, o ea «I boliebe, o en el biógrafo.

En ova, ,e«¡onea de en trabajo tan*ien nnertr». ia»a. a. botante de lo. pensamiento, expreaado. po, el «tor <W

pueden quedar en el tintero nuestras discrepancias, pues ya nos hejnos extendido demasiado, a fin. de demostrar cómo ha errado en la apreciación de sus problemas,

Sólo espigaremos entre cuanto dejamos sin comentarlo detallado, esa frase de un delegado al Congreso del Niño, pues creemos qué ella define otro aspecto del vicio que sufre el examen del aeñor Genovese.

jPor qué atribuirle lugar preferente a una frase cuyo contenido, aunque en' distintas letras, ha sido expresado miles de vecea por labios criollos* ¡En cuántas de nuestras abundantes, y siempre generosas empresas habrá flotado el ansia de hacer, los hombres asíl-No es necesario que venga un señor de afuera & decirnos que los caracteres deben hacerse de tal o cual manera. Lo estamos diciendo todos los días? si pecamos, justamente es en lo de no dar cuerpo a nuestros propios ideales; de no ser asi, ya estarían hechos los caracteres de muchísimos quilates, y por las ciudades y la despoblada campaña nuestra, ambularían semidioses de Hornero, héroes de Carlyle' y, superhombres de Tíietzsche.

POTO... ya dijimos que no damos cuerpo a nuestros propios ideales.

Nos. detuvimos tanto sobre esta conferencia, que ya se inquieta la humildad de nuestra intención: creemos haber puesto bastantes jalones ipara que. el señor Genovese:mida sus errores de apreciación; pues este es nuestro deseo: traer su visión a límites arcifinios, con lo cual se justificará.,1o dicho en el comienzo, que "su inquietud es muy noble".

•La sunpatía despertada por la intención que le adivinamos nos exalta; y*Bn el entusiasmo, juzgamos más asequible la corrección de esas fallas de nuestro carácter; ipues mucho puede esperarse cuando tan "noble inquietud" anida en puestos superiores del Instituto N'ormal, usina en la que, sin ninguna hipérbole, se elaboran loa sillares sobra loa cuales se asentará aquella forma de civilización con que sueña'nuestra candidez patriótica.—E. 8.

"El sneño de Alonso Qóljano",' por Horacio M&ldonado. — Montevideo.—18S0.

Maldonado ea de aquellos escritores que'parecen no comprender el arte sino como un medio de realizar e inculcar nobles postulados. Predicare) bUn o, mejor dicho, lo que «e «ríe il bi«B; por el camino de la beUeaaj construir suntuosos paladee de utáriao). pero alojarlo» «on iennoaa* idea»! tal ha sido su lapa liferario,>al que vuelve a rendir eafko Mr este libro,

Todo lo que la "Ofrenda de Eneas" tenia de sabor actual, tiene este libro de sabor aaóeétral. AqueBa obra htóia saliáo eel seno d« la lucba, palpitaba intensamente y, a «n «nodo; eracoaío un espejo en donde se retnt&á, mía o rnenp* fietoente, con todas su» tasea.

sus sombras, un alma y una colectividad. Su estilo, por esto mismo, tenia alternativas de serenidad y violencia, de torrente y de lago; se notaba bien, que allí, junto coa el pensador, había un hombre cuya pluma soBa dejarse arrastrar por las pasiones o quedarse largo rato inmóvil en las manós...

En "El sueno de Alonso Quijano" DO ha quedado más que el pensador, y, un pensador que ha huido «leí contacto de S-JS contemporáneos, que se ha desplazado en tiempo y lugar, acoso buscando una absoluta paz espiritual para cimentar la contextura moral y estética de su ohra. Pero, así como no creemos que el aislamiento de los rnonjes tebaidos haya sido mejor mirado -por Dios que la vida frenética de San Cristóbal, así nos parece que este "Sueño de Alonso Quijano", con todos los méritos que nos complacemos en reconocerle, no alcanzará ante eJ concepto público el prestigio de las obras anteriores del autor.

Porque, en efecto, a no ser dentro de 3a literatura -histórica, — y no creemos que nadie pueda catalogar entTe !as nóvelas de este *gí*ñero al iibro que comentamos—no- se ¡puede, y más haciendo una obra <le pensamiento, apartarse de su íjpoca sin que un libro pierda casi todo valor práctico. Se nos dirá que, en cambio, gaPaTá en trascendencia y en perdurabilidad; ^ero es lo cierto que cuando se pretende "hablar para siembre sobre temas eternos, so habla, generalmente, para nunca sobre temas abstractos y, por lo tanto, solamente interesantes a los profesionales de la literatura o la filosofía.

A nuestro juicio, "El soefio de Alonso Quijano" pertenece al género ensayista, lo que lo hermana con "Mientras el viento calía" y "La ofrenda de Eneas". Hay, sin embargo, a más de la que hemos señalado, otra diferencia: estas dos últimas son obras fragmentarias, multiformes,, mientras "El sueño de Alonso Quijano" se desairóla en sus doscientas cincuenta .páginas, conservando una absoluta unid».! de tema y de acción. Es posrble que al autor lo haya fascinado la idea dé hacer una obra compacta y definitiva. A nuestro juicio esto ha sido un error, porqué no se puede conservar la unidad ea el genero que cultiva Maldonado, sin caer frecuentemente en los brasoa de la monotonía o en el pecado de la repetición, como le acontece en este libro, no obstante sus esfuerzo*.

Además, sin romper la lógica, el autor no ha podido poner en boca de su protagonista el pensamiento de un hombre del siglo XX, por lo <B&1 su Alonso Quijano resulta un hombre tan declamador y amigo de perorar, como tímido, conservador y arcaico. Hacer hablar a ua DOT Quijote próximo a enloquecerse, angustiado con todos los dolores presentes de la humanidad, montarlo sobre Bocinante y lascarlo por ésos mundos para que nos diera ideas más- ajustadas, con nuestro tiempo, sobre el amor, la patria, la guerra, la solidaridad, la justicia, que propusiera cosas concretas, y nó sólo bellas palabras, para mejorar es algo la situación del hombre sobre la tierra: ésta hubiera

sido, a nuestro entender, faena digna del talento que ha derrochado el autor eu esta obra.—J. M. D,

"Mi Báculo". _ Poesías. — Juan Mario Magallanes.-___Montevideo —1020.

He aquí un nuevo .poota. Nuevo por, razones cronológicas, pero viejo por todo lo demás. M siquiera se atreve a hacer una sola de osas farsas dadaístas que les gusta tanto a los jóvenes de ahora...

"Mi Báculo" es un libro primigenio. Con esto estaría dicho todo, si no fuera que conviene señalar los defectos...

fundamentalmente, la ipoesía de este libro no seduce, y es más bien áspera, cuanto no .prosaica. Un pesimismo falso y opaco, le da un colorido desteñido, un ambiente pesado, una actitud lírica, que no es tlulco ni fuerte... Las imágenes suelen ser desproporcionadas y oscuras, basta aplastar el verso. Loa' [prosaísmos abundan desgraciadamente. A veces, el poeta usa ucencias extrafias que resienten al idioma. (Página 77: la paragoge unicoloro, por ejemplo).

li'n'cuanto a la poesía en si, Magallanes la realiza sin luz, sin fragancias, sin sonoridades. Es una .poesía subjetiva, sombreada de creapón, que el poeta no alcanza a concretar definitivamente. En ocasiones,, aborda motivos primaverales,—luminosos y lindos motivos para cualquier poeta del mundo,—y en sus manos fracasan con una irremediablo opacidad.

No sucedo lo mismo cuando canta la noche, la melancolía, el insomnio, la muerte, el alma tic las casas.

"Las casas", sobro todo, es un buen poema. Magallanes las ve y la» describí aon una fuerza lírica inesperada, aprehendiendo en cada una de las estrofas, la tragedia o la'dicha que las casas evocan ea el noctivago somnolicnto o ensoñante. Esto poema tiene' emoción y realidad, música y fuerza. Parece, que se hubiera despertado do imj>ro viso, dentro del corazón del poeta, esa intensa' atención hacia la vida que Bergson hace acondicionar do sensaciones y movimientos en los actos personales de la verdadera individualidad lírica

Por lo demás, cea composición mereció ya la eglantina de los juegos florales del Salto, y baíta por sí sola, para revelar un espíritu capaz de hacer'bellas cosas harmoniosas, apenas logre libertarse de Jas malas influencias y de los malos gustos.

Y mis que todo, Magallanes tiene que cuidar celosamente de la analogía y de la'sintaxis. No es ni siquiera un criollismo decir, ipor «jemplo, **muy más duradera: muy** es adverbio de cantidad que forma él Bwpeilativo y no-puede entonces asociarse V"'**" En to4o oaac>l se diría muele'**mis,** que es el modo adverbial .comparativo que «o-- **i-responde-.**

eefiálo este detalle entre todo* Jos que salpican el libro, porque-el autor insiste, en él eon un aniiwUsmo lamentable, ea la **página.** 88 y tres voces en **la página 24.-*j. *V.***

"Selección Literaria". — Pequeñas antologías ¡HrigMas por Manuel de Castro — Montevideo.—1920.

' Con éxito jníusiasta y fácil, Manuel de Castro ha emprendido la publicación inensuil da unas pequeías antologas nacionales de !a hora presente.

El primer número, dedicado a la poetisa Juana de Ibarbourou, y el segunde número, dedicado a nuestro eodirector José M.a Delgado, han circulado profusamente por todo él país.

Es una obra ñtil, y, por lo tanto, buena. Dios quiera qué pueda dar los frutos ensoñados pór,su autor, y que consideramos nobies y patrióticos.—T. M.

*

"Este era un país...".—Novela, por Vicente A. Salaverri.—Biblioteca <le Novelistas Americanos.—Buenos Aires.—1920.

Paréenos que Salaverri ha encontrado EU senda npfinitiva. Elocuente narrador, buen retratista) conocedor del hombre y del.inedio en que actúa, la novela de- ecstuniSrcB'y psicologías no muy complicadas tiene en. él un notable cultor.. .

"ÍSste era un país..." es un libro que puede leerse o no leerso, pero jareas abandonarse por la mitad, con lo cual dicho queda su mejor elogio.- Salaverri es como e-ses magos de la iirestidigitacrón quo se apoderan, quieras o no, del ánimo del púbüco ,," lo tienen fascinado todo íl tiempo que se les antoja por la charla pintoresca y la -.virtud, do sus manos tauniatiir'gas, &'abe bien que un novelista puede ser tendencioso, histórico, subjetivo u objetivo; i-ero, fundamentalmente debe ser ameno. Así, desde el primer episodio hasta el ultime, tiene en jaque la atención del lector, deslumhrándole a cada momento con lo sugestivo, lo interesante y lo Imprevisto, si bien—dicho Bea para señalar quizas su mérito máximo—sin apartarse de la más absoluta realidad.

*

Se ongañaría, sin embargo, quien supusiera que el valor de esta novela depende sólo de la amenidad o de las complicaciones de su argumento. Casi podríamos decir que lo que constituye oí núcleo central de éste, el amor do Haquel y Víctor, daría apenas sustancia para un cuento; .jiero es evidente quo la intención de Salaverri ha sido mucho mis a^nplia que la de escribir una historia sentimental. Se h» sentido-con garras para dar una imagen da conjnnto sobre un país," señalando• sus costumbres, historiando la psicología de BUS hombrea- y hasta dando noticias de su fauna y de su flora. Para esto ha tenido que multiplicar los tipos y las escenas e inmiscuirse en multitud de detalles, que sólo lejanamente tienen que ver con)os protagonistas. Y esto es lo verdaderamente admirable: hay en todo, tanto» rasgos característicos y pintorescos, <*fe*—al revés íe lo que pasa en estos caso»—el lector nota, sin enojo, que el novelista «e «parta del camino en perjuicio de la brevedad del viaje, convencido de que h» de mostrarle algo que vale la pena ver o palpar.

Además; SaJavcrri utiliza el diálogo con destreza singular. El so- l; ogu o es ~ es por -completo fl-rntprrnrio de su novela, lo mismo que la barata literatura: Aquí todo es acción, agilidad, movimiento, ^cinematografía. En suma, una excelente novela moderna.—J. M. D.

"La cosmografía y su enseñanza"__Por Alberto Beyes Thévenet.__ Montevideo__1920.

Trabajo erudito y, fácil, que ha merecido la consagración de Beaio Moreno en una critica inicial llena de maduras ideas, este libro de nuestro colaborador Alberto Beyes Thévenet se impone a nuestra simpatía afectuosa con el calor vocaeional que se descubre en él apenas se han traspuesto las primeras páginas, «

El iproblema de la enseñanza está todavía *ffor* resolverse en este país lleno de ensueños y entorpecido de realizaciones... Entre las materias universitarias, la cosmografía requiere toda la atención del joven profesor montevideano. Su estudio, y él desarrollo de so método pedagógico, incluso el programa analítico que formula para la materia, están considerados por Besío"Moreno como "inatacable!". Yo no puedo entrar al fondo de la cuestión; pero, no.es en balde que. cito la opinión censagratoria del eminente decano de la facultad de ciencias físicas, matemáticas y astronómicas dé La Plata.

Beyes Thévenet tiene'uña probada competencia y una demostrada, dedicación. ^Fervorosamente vjene cultivando, su ciencia, que ya empieza a envolverle en la grandiosidad azul del espacio para elevarlo dignificado y consagrado. No importa que el juicio dé un Jurado de concurso le haya sido adverso: su libro es una victoria luminosa, cálida, estética y, científica.

Adivinando el voto secreto-de nuestra simpatía, el autor, ha dicho en el avant propos: "no entrego mi libro a la frialdad de una crítica imparcial y sebera, sino a la calurosa acogida de las manos amigas, que han de recibirlo—tal e9 mi deseo—como el testimonio de una ofrenda cordial".

Así lo, hemos tenido en nuestras manos, y así quedará sobre nuestra mesa de labor, mientras el tiempo, más justo y más sabio que todas las retóricas, discierna sobre la frente serena y putera del joven profesor que no ha vivido en vano, los fulgores sagrados del clásico pastor de las estrellas, viejo de mil años que ordenú el movimiento de los astTOS y reguló la vida de los mun.d«s...—T, M,

"La historia de nna quinta abandonad»", por Manuel Acoeta y Lara. —¿íonteviaeo.—1820.

Confesamos que tenemo» el vicio de leer novelas. Sn nuestra insignifitáncia eso .podría no adquirir la» ¿«agradables conseeuenía? que el vulgo le atribuye; mas nos precavemos hasta contra los juicios' «Lciles, y advertimos que mochas reputaciones -gloriosa» también pa-

debieron ese vicio. Por ejemplo, Danvin, en aquellos estudios por los cuales rehizo nuestra divertida ascendencia, alternaba éstos eon frivo- las lecturas de novelas; y Renán, aquel hombre para el cual no tenérnosla mano adjetivo capaz de expresar sus variadas actitudes, helenista, lebraizante, filólogo, historiador, poeta, y artista en todo, aquel hombre perdía BU tiempo con las dichosas novelas; tanto, que, según cuenta un biógrafo muy de su amistad, la vigilante Mmo. Benán solía aparecerse *y* arrebatarlo el libro, diciendo con oportuna severidad: "Señor Benán: jolvida usted las páginas prometidas para mafiana al editor Fulano?" Entonces reanudaba el hombre ilustre sus ipáginas inmortales, gracias al swuestro del libro deleitoso.

* #

Repetimos que tenemos ese vicio; pero no vaya »• creerse que nos interesan so-lamente las novelas portadoras de un tumulto, de prodigios; ni las que *dentro de* un laberinto de sutilezas traen elementos para remover nuestra sensibilidad; ni aquellas que en nebulosos simbolismos plantean hoDdos problemas; ni, finalmente, las destinadas a refinados análisis subjetivos, Nos interesan también las que no sacuden nuestra emotividad, ni punzan nuestro interés-, Las que se leen con los ojos de-1 cuerpo, novelas en que las personas no llegan **a** adquirir reüeve psicológico; ni el.escenario adquiere "color ni dimensiones; ni es difícil la trama de los acontecimientos.

Hay lo-as de la vida en las quo necesitamos interponer algo opaco entre el mundo risible y el interno, a fin de que los nervios aflojen su tensión con el liviano trabajo de la opaca lectura, sin que los órganos do la atención *se* sobrecarguen.

* *

He ahí por qué cierto género do novelas nos el grato.

Eso sí, maestro Ohnet, te respetamos, pues te excedes; te reflpe-tamos; ya Vamos sintiendo cierta anafilaxia, tal vez de apacentarnos- en el ahnácigo de novelas entecas nocidas fu la literatura inglesa, **a** la sombra de los robles no superados. Ya sentimos cierta **anafilaxia,** y contigo no ipodemoB, maestro Ohnet; pero todavía pudimos con **toda** "La historia d« una quinta abandonada", novela en que el ñeñor Aco'sta y Lara realiza diestramente el género **a** que Teñimos **aludtoá-**